

DIA V.

MARTIROLOGIO.

SAN VICENTE, confesor, llamado **FERRER**, del orden de Predicadores, en Vannes en la Bretaña menor; el cual siendo poderoso en obras y en palabras, convirtió muchos miles de infieles á Jesucristo. (*Véase su vida en las de este día.*)

SANTA IRENE, virgen, en Tesalónica, la cual habiendo ocultado los sagrados libros contra el edicto de Diocleciano, despues de haber sido presa, fué asaeteada y quemada por orden del presidente Dulcecio, por cuyo mandato habian sido ya antes martirizadas sus dos hermanas Agápe y Chionia.

EL MARTIRIO DE CINCO SANTOS MÁRTIRES, en la isla de Lesbos.

SAN ZENON, mártir, en el mismo día, el cual despues que lo hubieron degollado lo untaron con pez derretida, y lo echaron al fuego.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES, en Africa, que en la persecucion de Genserico, rey arriano, fueron martirizados en la iglesia en el día de Pascua; uno de ellos que era lector, estando cantando en el púlpito el *Alleluja*, le atravesaron la garganta con una saeta.

SAN VICENTE FERRER, CONFESOR.

SAN Vicente Ferrer, tan célebre en toda la universal Iglesia, y uno de los mayores ornamentos del orden de Predicadores, nació en Valencia de España el año de 1357, de una familia muy antigua; pero no menos acreditada por su piedad, y por su caridad con los pobres, que por el esplendor de su nobleza.

Entró en el mundo nuestro Santo enriquecido con tan noble natural, y adornado de tan bellas inclinaciones, que fué su infancia un como preludio de aquel admirable zelo y de aquella eminente santidad, que hasta el día de hoy forman su mas expresivo carácter. Desde luego fueron los pobres el objeto de su inclinacion y de sus cariños. No podian dar al niño Vicente mayor gusto que encomendarle repartiése por su tierrecita mano la limosna. Los juegos con los otros niños de su edad eran siempre sobre cosas de devocion; y todos sus entretenimientos se reducian á hacer oracion, y á leer libros devotos. Fué niño poco tiempo, y nunea se deslizó en los vicios de la juventud.

Era de ingenio vivo y penetrante, y de memoria feliz. A los doce años comenzó la filosofia; dos años despues la sagrada teología,



S. VICENTE FERRER C.

en la cual hizo tan grandes progresos, que á los diez y siete años sabia mas que sus maestros.

Como iba creciendo en sabiduría, iba tambien creciendo en santidad. El estudio no le impedia la devocion. Favorecióle el cielo con el don de lágrimas en una edad poco acostumbrada á semejantes piadosas impresiones. La materia mas frecuente de su meditacion era la pasion de Cristo, y casi desde la cuna mostró su tierna devocion con la santísima Virgen.

Acabados los estudios á los diez y siete años de su edad, le declaró su padre el intento que tenia de colocarle bien en el mundo, caso que no le llamase Dios al estado eclesiástico ó religioso; pero quedó gustosamente sorprendido cuando oyó de boca de su hijo la resolucion en que estaba de abrazar el instituto de santo Domingo, donde florecian la sabiduría, el zelo y el mas ejemplar fervor. Lleno el piadoso padre de un ternisimo gozo: *Ahora sí, hijo mio, le dijo echándole los brazos al cuello, ahora sí que entiendo un sueño que tuve pocos dias antes que nacieses. Soñaba, que entrando en la iglesia de los padres Predicadores, se llegaba á mi un religioso, y me daba la enhorabuena de que tendria un hijo, que con el tiempo seria uno de los mas brillantes astros de su Orden, y cuyo zelo igualaria al de los apóstoles de los primitivos tiempos de la Iglesia.* Al oír estas palabras respondió Vicente: *Pues, padre y señor, no dilatemos un momento el cumplimiento de un vaticinio tan dichoso para mí: siendo tan clara la voluntad del Señor, seria muy delincuente cualquiera dilacion.* Admirado y enternecido el padre con la generosa resolucion de su hijo, él mismo le condujo al convento de Predicadores que habia en la ciudad. Presentóle al prior, que le recibió como un don venido del cielo, conociendo bien el inestimable valor del regalo que le hacia.

Aun no siendo mas que novicio, se dudaba hubiese en la comunidad religioso mas perfecto. Desde luego se propuso por modelo la vida de su santo fundador, y sin ponderacion se puede asegurar que salió la copia parecida al original. Despues de hecha la profesion religiosa, solo se dedicó á desempeñar la perfeccion de su estado; y así por la santidad de su vida, como por la eminente doctrina que adquirió en la carrera de los estudios, fué sin disputa uno de los hombres mas sabios y mas santos de su siglo.

El estudio interrumpia poco ó nada la oracion: *¿Quieres estudiar con fruto?* dice el mismo Santo en su tratado de la vida espiritual (cap. 2.), *pues procura que la devocion acompañe siempre al estudio. Consulta mas con el Espiritu Santo que con los*

libros, y pide incesantemente á Dios la inteligencia de lo que lees. ¿Te cansa, te fatiga el estudio? pues descansa de tiempo en tiempo en las sagradas llagas de Jesucristo: algunos instantes de reposo en su sagrado corazón añaden nueva fuerza, y nueva luz al entendimiento. Interrumpe la aplicacion con breves, pero fervorosas jaculatorias: no des principio ni pongas fin á la tarea del estudio sin la oracion; porque la sabiduría es don del Padre de las luces, y de ningun modo es obra de nuestro ingenio, ni de nuestro trabajo.

A los veinte y cuatro años de su edad le nombraron los superiores para que leyese filosofia á los frailes del convento: lo que hizo con tanto crédito, que desde luego se declararon por discípulos suyos setenta estudiantes seculares. A vista de aquel primer ensayo de la sublimidad de su ingenio, juzgaron los superiores que para él era corto teatro Valencia. Enviáronle primero á Barcelona, y despues á Lérida, que era á la sazón celebrísima universidad de Cataluña. Allí recibió el grado de doctor, siendo de edad de veinte y ocho años, por mano del cardenal Pedro de Luna, legado á la sazón de la silla apostólica en España. Vuelto á Valencia, el obispo, el cabildo y la ciudad le obligaron á explicar en público la sagrada Escritura, y á leer algunas materias de teologia; pero conociendo todos el eminente talento que tenia para el púlpito, no permitieron que le tuviese enterrado. Comenzó á predicar, y comenzó á convertir. No habia obstinacion que se resistiese á la fuerza y á la eficacia de sus sermones; y las grandes conversiones que hizo, dieron luego á conocer que Dios habia enviado en él al mundo un nuevo apóstol.

Componia los sermones á los pies de un crucifijo; y se conocia bien que su elocuencia no podia nacer de otra fuente ni principio. Però por mucho que se multiplicasen sus ministerios esteriore, jamás interrumpia su continua oracion. De tal manera se dedicaba al trato con los prójimos, que nunca perdía el recogimiento interior. Crecia su humildad con su reputacion, y aumentaba las penitencias con los trabajos apostólicos. Las exenciones y privilegios personales de los doctores, de los maestros y de los predicadores no hablaban con Fr. Vicente: ignorábalas enteramente por lo que tocaba á su persona, y no sabia distinguirse sino por los ejercicios de mayor penitencia y de mayor humillacion.

Dicho se estaba que un zelo tan asombroso y una virtud tan sobresaliente, habian de llenar de rabia al demonio, y que éste no habia de dejar en reposo á nuestro Santo. A ningun medio perdonó para derribarle: hizo cuanto pudo para vencerle, ó á lo menos para cansarle. Permitió Dios, para probar su fidelidad, y

para templar la vanagloria que le podía resultar de verse tan aplaudido, que fuese combatido de las mas vergonzosas tentaciones. No le daba treguas el ángel de Satanás; y fuera de las sugerencias y de los torpísimos objetos que fingia aun á sus mismos ojos corporales para dar en tierra con su pureza, ponía en movimiento todos los demás artificios aun mas temibles en esta delicadísima materia.

Valióse de una mujer lasciva y jóven, que fingiéndose enferma, llamó al Santo para que la confesase; luego que se vió con él á solas, empleó todos los medios que supo inventar la pasion y la torpeza para reducirle; pero apenas conoció Vicente el lazo, cuando huyó de él con precipitada fuga. Quiso la irritada mujer vengar el desaire de su ciega pasion, levantando al Santo la mas sensible calumnia; pero solo sirvió para hacer mas vergonzosa su confusion, y mas gloriosa la reputacion de Vicente. A esta victoria se siguió otro nuevo ataque. Halló modo de entrar y esconderse en la celdilla del Santo una infame mujer pública: entró en ella Vicente, sin saber lo que en ella se ocultaba: hizo su acostumbrada oracion, púsose á estudiar serenamente, cuando de repente salió del rincón donde estaba escondida aquella mala mujer llena de desenvoltura. No se evitaba el escándalo con la huida; y lleno el castísimo Vicente de una gran confianza en la misericordia del Señor, la habló con tanta fuerza y con tan divina eficacia, que al punto la convirtió; lloró, gimió, afligióse; y naciendo su dolor de un sincerísimo arrepentimiento, edificó tanto en adelante á toda la ciudad con el ejemplo de su fervorosa vida, como antes la habia escandalizado con la disolucion de sus desórdenes.

El año 1394, muerto el papa Clemente VII, sucedió aquel gran cisma, en el cual fué nombrado por papa en Aviñon el cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII, mientras Bonifacio IX, sucesor de Urbano VI, ocupaba la santa silla de Roma. No habia un año que el Santo estaba de vuelta en Valencia, cuando Benedicto le llamó á Aviñon, le hizo su confesor, y le nombró por maestro del sacro palacio.

Todo lo que tenia sonido ó aire de dignidad era muy contrario al genio del humildísimo Vicente; pero creyendo que oia la voz del verdadero vicario de Jesucristo en un hombre á quien España y Francia reconocian entonces por legitimo papa, obedeció; aunque con un vivísimo dolor de ver el escandaloso cisma que afligia y despedazaba á toda la santa Iglesia. Era tan dificultoso, y estaba tan oscurecido el derecho que todos los concurrentes pretendian tener al pontificado, que fueron muy excusables muchos y grandes santos, que en aquel tiempo se declararon de bue-

na fe por diferentes partidos. Pero no fué inútil la asistencia de nuestro Vicente cerca de la persona de Benedicto. No contento con gemir incesantemente en la presencia de Dios, le exhortaba continuamente al desinterés y á la union. Hizo muchos viajes á Cataluña, Aragón y Francia, con diferentes legacias al emperador Sigismundo y al rey Carlos VI, y no contribuyó poco á que se convocase en Constancia un concilio general.

Habia cerca de diez y ocho meses que estaba en Aviñon, cuando se vió asaltado de una violenta y maligna fiebre, que le redujo á los últimos estremos. Estando ya para espirar se le apareció Cristo, y le mandó, que dejando la corte de Benedicto, fuese á predicar como apóstol por todas partes. Su curacion repentina y milagrosa fué prueba visible de la verdad de la aparicion. Ofrecióle Benedicto el obispado de Valencia, y el capelo de cardenal; pero ninguna cosa fué capaz de deslumbrarle, ni de detenerle, y partió con potestad de legado apostólico para predicar en todas partes el Evangelio.

Pero habiendo sabido que Gregorio XII y Juan XXIII, para poner fin al cisma, y dar paz á la Iglesia, habian renunciado sus pretensiones, y se habian sometido á la decision del concilio, hizo cuanto pudo para reducir á Benedicto á que imitase el mismo ejemplo; y no habiendo podido conseguirlo, se separó de su comunión, y desde entonces le trató como á cismático.

El santo pontifice Martino V le hizo de nuevo su misionero apostólico por todo el universo; y corriendo inmensos paises con sus evangélicas misiones, en breve tiempo hizo mudar de semblante á casi toda la Europa. Dió principio á ellas por España el año de 1397, y obró tantas maravillas, así en el pueblo como en el clero, que las conversiones asombrosas que hizo en los reinos y provincias de Cataluña, Valencia, Murcia, Granada, Andalucía, Leon, Castilla, Asturias y Aragon, le merecieron el glorioso titulo de Apóstol de las Españas. Despues entró en Francia, donde aun fué mas abundante y mas copiosa la mies. El Langüedoc, la Provenza y el Delfinado correspondieron maravillosamente á sus apostólicos trabajos, y en cierta manera se puede decir, que honraron mucho su zelo por la reforma general de costumbres, que desde luego se dejó ver en todos los estados. Pasó á Italia, y corrió con iguales felicísimos sucesos toda la ribera de Génova, el Piamonte, la Lombardía y la Saboya. Penetró por Alemania, predicó en todo lo que baña el Rhin superior, y con tanto fruto en todas partes, que ya solo se le conocia por el nombre del Apóstol de toda Europa.

No es posible referir individualmente los viajes apostólicos, los

escesivos trabajos, el asombroso fruto y todas las maravillas de este gran Santo. Solo con dejarse ver, se sentian movidos á lágrimas y á compuncion los mas endurecidos pecadores, acabando despues su perfecta conversion la divina gracia, que siempre acompañaba á su triunfante elocuencia. El mas ordinario asunto de sus sermones eran las verdades mas terribles de la religion: la muerte, el infierno, y sobre todo la terribilidad del juicio particular y universal. Predicaba con tanta fuerza y con tanto zelo, que llenaba de terror aun á los corazones mas insensibles. Predicando en Tolosa sobre el juicio universal, todo el auditorio comenzó á estremecerse con una especie de temblor semejante al que causa el frio á la entrada de una furiosa calentura. Muchas veces le obligaban á interrumpir el sermon los llantos y los alaridos de sus oyentes, viéndose el Santo precisado á callar por largo rato, y á mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veian quedar muchas personas inmóviles y pasmadas, como si fueran estatuas. Un insigne pecador cayó á sus pies muerto de dolor al acabar de confesarse. En fin, todos decian á una voz, que no era posible oír á Vicente, y perseverar en pecado.

No se puede dudar que le comunicó Dios el don de lenguas. El prodigioso número de judios, moros, sarracenos, turcos y esclavones que sacó de la infidelidad, sin hablar de los millares de herejes, cismáticos y pecadores obstinados que convirtió en España, Francia, Italia, Alemania, Países-Bajos, y en Inglaterra, prueba concluyentemente, que sin milagro no era posible se dejase entender de tantas y tan diferentes naciones.

Los pueblos salian en tropas á recibirle como á enviado del Señor. Seguíanle cuando iba de un lugar á otro, y alguna vez se contaron mas de diez mil personas que iban tras de él al pasar á otra ciudad. Predicando en un gran campo se contaron tal vez hasta ochenta mil almas que concurrían con el ansia de oírle. En sola España convirtió á la fe á veinte y cinco mil judíos y á ocho mil sarracenos: las demás conversiones no pueden reducirse al guarismo. Luego que se divulgaba el lugar adonde habia de ir á hacer mision S. Vicente, se anticipaban los mercaderes á celebrar una especie de feria de géneros pocas veces vistos, y muchas menos usados, llevando cargas enteras de silicios, disciplinas, cadenillas, rалos, capotillos de cerdas, y otros instrumentos de penitencia de nueva invencion, en que suele ser muy ingeniosa la codicia propia, para contentar la mortificacion ajena.

Al don de lenguas y al don de la eficacia acompañaba tambien

el de milagros. Con todo eso, seguramente se puede afirmar, que la que el Señor comunicaba á sus sermones no nacia menos de la fuerza de sus ejemplos, y de la santidad de su vida, que de la virtud de sus milagros, y de la vehemencia de sus discursos.

En sus largos viajes, en medio de sus mayores fatigas, y entre los mas penosos ministerios de su apostólico zelo, jamás alojó en la mas exacta observancia de la regla que habia abrazado. Por espacio de cuarenta años ayunó todos los dias de la semana, excepto el domingo; y los miércoles y viernes á pan y agua, sin dispensarse jamás en esta rigurosa abstinencia por sus excesivos trabajos. Su cama eran unos sarmientos, ó un poco de paja: todas las noches despedazaba su cuerpo con sangrientas disciplinas. Ni las enfermedades eran bastantes para obligarle á mitigar sus crueles penitencias. Ninguno le hizo exceso en el apostólico desinterés con que predicaba y ejercia todos los demás ministerios; tanto que pudiera parecer como característica en él la virtud de la pobreza.

Desde el púlpito se iba derecho al confesonario, y nunca supo qué cosa era aceptacion de personas. Haciéndose todo á todos, ganó millares de almas para Jesucristo, correspondiendo siempre su fervor y su devocion á su mortificacion y á su zelo. Siempre que se dejaba ver en el altar, se derretia en tiernas lágrimas: celebraba el santo sacrificio de la misa con tanta fe, con tanto respeto, y con tan visible amor á Jesucristo, que le infundia en todos los circunstantes: la tierna devocion á la santísima Virgen fué, digámoslo así, la devocion de su cariño, y la que inspiraba con mayor cuidado á todos sus penitentes. Tal era el ministro que habia escogido Dios para llevar por el mundo su divina palabra.

Llegando á noticia del rey de Inglaterra las maravillas que obraba el Señor por su fiel siervo, le escribió una carta en términos muy respetuosos, y le despachó un gentilhombre para suplicarle le hiciese el gusto de estender hasta su reino los efectos de su apostólica caridad. Mandó equipar un navío á sus reales espensas, y le envió á las costas de Francia para que se embarcase en él nuestro Santo, á quien hizo en su recibimiento mas honores que los que haria á un soberano. Predicó en las principales ciudades de Inglaterra, donde hizo tantos prodigios, como los que habia hecho en todas partes. Habiendo vuelto á Francia, corrió muchas provincias de aquel reino, y siempre con igual fruto. Hallándose en Bourges el año de 1417, recibió cartas de Juan V, duque de Bretaña, en que le suplicaba pasase á hacer mision á sus estados. En todas las ciudades de aquel ducado se

le hizo el mismo recibimiento que se pudiera hacer al mismo sumo pontífice. El pueblo, el magistrado formado en cuerpo de ciudad, y hasta los mismos obispos salian á larga distancia á recibirle; cuando se acercó á la corte, salió el duque y la duquesa con toda ella hasta media legua, y le condujeron como en triunfo á la ciudad. En toda la Bretaña, y en toda la Normandía se conoció muy presto la general reformation de costumbres en la nobleza, en el clero, y en el estado general; pero en medio de estas asombrosas conversiones consumó Vicente el sacrificio de su apostólica vida.

Consumido al rigor de tantas penitencias y trabajos, habia mucho tiempo que vivía como de milagro, cuando cayó malo en Vannes. Los cinco compañeros españoles que llevaba siempre consigo, y jamás se separaban de su lado, le hicieron grandes instancias para que se dejase trasportar á Valencia de España, pretestando la necesidad de experimentar el mas benigno temperamento de los aires nativos, aunque en realidad deseosos de que aquella ciudad, que habia tenido la dicha de que naciese en ella al mundo y á la vida religiosa, lograrse tambien el consuelo de darle sepultura. Pero quiso Dios oír las oraciones de los vecinos de Vannes, que no podian sufrir se les pretendiese quitar aquel preciosísimo tesoro. En fin, á los 5 de abril del año de 1419, miércoles de la semana de Pasion, aquel gran santo, tan célebre en todo el mundo cristiano por el inmenso número de conversiones y de milagros, tan singularmente venerado de los pueblos y de los grandes, consultado tantas veces de los sumos pontífices y de los mismos concilios, dotado del don de profecía, y siendo la admiracion del universo, murió en Vannes casi á los setenta años de su edad, y á los cincuenta y dos de su religiosa profesion.

Juan, duque de Bretaña, le mandó hacer magníficas exequias. La duquesa le lavó los pies por sus mismas manos, y Dios hizo muchos milagros por el agua con que se los lavó. Cuéntanse hasta ochocientos y sesenta los que hizo en vida: los que ha hecho despues de muerto son innumerables, y se aumentan cada día. Canonizó el papa Calixto III el año de 1455; pero la bula de su canonizacion no se espidió hasta dos años despues por su sucesor Pio II. Todas las alhauelas que le sirvieron en vida son hoy digno objeto de la mayor veneracion de los fieles, y obra el Señor grandes milagros por estas preciosas reliquias. Su sagrado cuerpo se conserva hasta el día de hoy en Vannes con tanta veneracion, como magnificencia.

BEATA CATALINA DE TOMÁS, VÍRGEN.

La beata Catalina de Tomás, tan celebrada por su prodigiosa vida, como por los singularísimos favores con que la enriqueció el cielo; nació en el año 1533 en la villa de Valdemoza, una de las mas amenas de la isla de Mallorca, que se hizo acreedora de memoria eterna por haber sido patria de esta ilustre heroína, gloria y honor inmortal de toda Mallorca. Fueron sus padres Jaime Tomás, y Marquesina Gallard, ambos mas distinguidos por su piedad, que por su calificada nobleza, los cuales tuvieron siete hijos, cuatro varones, y tres hembras; y aunque en la educacion de esta dilatada prole acreditaron su religiosidad, parece se dedicaron con particular esmero en la crianza de Catalina, que fué la menor de todos ellos, llevándoles toda la atencion, y todo el cariño aquellas particularísimas gracias con que la dotó el Señor: sin que fuese extraño que así sucediese á sus padres, pues traía consigo cierta oculta recomendacion de tan eficaz atractivo, que cuantos la veían se le aficionaban inmediatamente. Mucho contribuyó para esto su singular hermosura, su particular modestia, y su natural dulcísimo, acompañado de una gravedad majestuosa, que infundía respeto; pero con tanto amor á la pureza, que si alguno intentaba llegar al rostro de la ilustre niña, que no tuvo de tal sino la inocencia, al punto se deshacia en tiernos llantos, comenzando así á dar muestras de aquel candor, que conservó inviolable hasta la muerte.

Puso á la piadosa madre de Catalina en el mayor cuidado ver que jamás quiso la niña tomar el pecho en los viernes, y sospechando que semejante novedad seria efecto de algun accidente, se valió de cuantos medios pudo sugerirla su cariño, para reducirla á que recibiese el alimento, pero todos fueron inútiles en aquellos días. Duró la amorosa contienda entre la madre y la hija algunos viernes, hasta que reflexionando la religiosa señora por una parte la quietud, y la serenidad de la niña, y por otra que tomaba sin dificultad el pecho en los sábados siguientes, quedó persuadida que en esto no obraba ninguna indisposicion corporal, sino algun oculto misterio de la gracia, que ya desde entonces queria instruirle en aquella maravillosa abstinencia que observó toda su vida.

Parece que se anticipó en la ilustre niña el uso de la razon á la edad regular en que ésta se despierta; y no teniendo ociosos aquellos singulares talentos que derramó el Espiritu Santo sobre su alma privilegiada, comenzó á rezar la salutacion angélica,